

LA HERENCIA DEL GENERAL

materia para llevarlo a los tribunales y que se debe hacer.

Sin embargo, el secretario general del UDR había dicho «que media sus palabras». Hay que estimar, pues, que un grupo gaullista creyó llegado el momento de lanzar la batalla. ¿Qué grupo? Según Edgar Faure, «hay motivos para creer que los elementos más reaccionarios del UDR se han apoderado del aparato del Partido». En efecto, al parecer, buen número de diputados UDR aprobaron —o incitaron— a René Tomasi, así como varios sindicatos de policía y los famosos Comités de la Defensa de la República (CDR), creados por el general De Gaulle en los momentos más difíciles de mayo de 1968.

El «affaire Gulot» ha tomado dimensión política: continúan las manifestaciones estudiantiles, los magistrados observan unánimemente un movimiento de huelga, el Consejo de Ministros estudia las declaraciones del secretario general del UDR. Desaprobación total. Pompidou rinde un homenaje a la «integridad de los magistrados» y decide limitar, en el futuro, la duración de sus viajes por el extranjero: la crisis de mayo del 68 ocurrió cuando De Gaulle se encontraba en Rumanía; esta vez Pompidou recorre media África...

Por su parte, Tomasi retrocede a medias. Retira todo lo que dijo sobre los magistrados, renueva su confianza en Chaban-Delmas, pero mantiene lo relativo a la domesticación de los periodistas del ORTF. Y añade una frase muy significativa: «He querido dar un nuevo vigor a las elecciones locales del UDR».

ANTE LAS ELECCIONES

En efecto, el gaullismo no ha conseguido, al cabo de catorce años, implantarse sólidamente en las provincias a nivel de los municipios. Lyon, Marsella, Niza y tantas otras grandes ciudades alguien en poder de la oposición, centrista o de izquierda. Dentro de un mes se celebrarán las elecciones municipales. ¿Ha querido Tomasi volver a crear el reflejo del miedo en vistas de estas elecciones? En una Francia «a la vez inquieta, conservadora y egoísta», como escribe «Le Monde», el mecanismo de violencias-represión el restablecimiento de la situación ha sido favorable «mayo-junio del 68) al gaullismo. Los provincianos comprenden mal las acciones de los «gauchistas» parisienses, y las palabras de Tomasi han tenido cierto eco en los Comités de Defensa Republicana de provincias, como en Dijon.

El terreno de ataque ha sido mal elegido, el momento también. Los duros retroceden. Tomasi ofrece su dimisión al Comité del UDR. Michel Debré, que critica duramente al secretario general, considera que una dimisión en estos momentos sería catastrófica en las elecciones. Los liberales y tecnócratas del gaullismo se unen: Chaban-Delmas, Edgar Faure, Jacques Duhamel, Giscard d'Estaing. Edgar Faure, cuyas aspiraciones supremas nadie ha olvidado, recomienda al yerno del general De Gaulle, Jacques Vendroux, que no abandone el UDR: «Que lo abandonen los que han entrado por la derecha», añade.

El viernes, el Tribunal de París se reúne para examinar de nuevo el caso de Gilles Gulot y determinar su inocencia: Gulot es abusado. Pero ello no consigue anular la crisis política que se ha abierto en el gaullismo. ■ R. L. CH.

COLOQUIO CON LUKACS: CIBER

NAPOLEON Y LAS MATEMATICAS

LUKACS.—Las matemáticas no son exactamente la realidad, sino una gran abstracción disantropomorfizada. Según aquella extrema extrapolación que hoy se llama futurología, se llega al punto de creer que si algo es cierto matemáticamente debe de ser cierto también en la realidad. Pero es un error. Un amigo matemático me ha proporcionado este ejemplo y ya que me parece muy divertido lo voy a repetir aquí. Si digo que dos menos cinco son tres expreso una verdad matemática sobre la que no existen dudas. Pero si en cambio digo: en esta habitación hay dos hombres, se van cinco, quedan menos tres, habré dicho una estupidez absoluta, algo que no puede existir en el mundo. Porque no existe. Matemáticamente puedo convertir en menos de todo lo que yo quiera. Pero en la realidad me es imposible, me lo impiden las estructuras de la realidad misma. En un sistema geométrico, los signos más y los signos menos son puramente convencionales: incluso si convierto un más en un menos puedo seguir contando como he aprendido desde siempre. Pero si digo, por ejemplo, que un elefante es un animal grande, será, desde luego, algo matemáticamente inexacto, pero, al mismo tiempo, algo completamente seguro, fuera de toda duda, ya que, a pesar de todo, el elefante es más grande que el perro. No todas las realidades matemáticas se corresponden con verdades en el mundo y viceversa. Finalmente, la historia no es susceptible de ser interpretada con las matemáticas. Si observamos el pasado podremos perfectamente individualizar las tendencias históricas más importantes: si estudio la economía feudal y la comparo con la economía capitalista descubriré los caminos que llevan del capitalismo al feudalismo y al mismo tiempo las tendencias importantes de esta y de aquella época. Pero si observo el capitalismo de hoy, no seré capaz de predecir lo que será el de mañana o el de pasado mañana. Es aquí donde actúa el futuro. Si cuento de uno hasta cien y mis cuentas son ciertas, serán también ciertas desde cien hasta mil. Pero si hago estudios de economía que hoy me parecen correctos, ¿cómo podré saber que las cosas marcharán de la misma

manera mañana o pasado mañana?

El peligro de la extrapolación

—Pero aquí mismo, debajo de nosotros, por las calles del largo Danubio, transcurre la vida de una sociedad que afirma que está basada en la previsión, en los planes quinquenales, en los proyectos de desarrollo. ¿Esta sociedad no representa posiblemente un intento continuado por predecir lo que pasará mañana? O, por el contrario, ¿debemos considerarla como víctima de una ilusión?

LUKACS.—Sabemos perfectamente qué porcentaje de estas previsiones se concreta después en la realidad. Muy pequeño. ¿Quiere un ejemplo banal? Tomemos el de la moda: Este año todo el mundo —los sastres, los fabricantes— esperaba que la minifalda terminase su existencia. Por el contrario no ha sido así. Voy a contarle un chiste que ha tenido mucho éxito aquí, en Hungría. Un tipo se dirige al Ministerio de la Guerra en Washington, en donde todo lo que se refiere a la guerra del Vietnam es calculado con máquinas cibernéticas de lo que se obtienen resultados matemáticamente exactos. El tipo hace una pregunta a los funcionarios del Ministerio: «¿Cuándo conseguirán vencer los americanos al Vietcong?». La máquina hace sus cálculos y la respuesta que se obtiene es la siguiente: «El Vietcong ha sido batido hace ya dos años». Puede darse el caso de que el Vietcong haya sido vencido en las máquinas cibernéticas, pero esto no quiere decir nada: el problema consiste en saber si ha sido vencido en el campo de batalla o no.

—Pero un error de cálculo de este tipo podría derivarse del hecho de que no hayan sido puestos en la máquina todos los datos o de que alguno estuviese equivocado.

LUKACS.—Nunca se podrán poner todos los datos, puesto que no existe en la realidad un objeto que no tenga innumerables cualidades e innumerables relaciones con el mundo exterior. Incluso cuando conocemos perfectamente una cosa, conocemos sólo una pequeñísima parte de sus

cualidades y de sus relaciones; y nuestros cálculos se hacen sobre esa pequeñísima parte. Si hacemos los cálculos de forma estadística y obtenemos toda una serie de similitudes, diremos: «Es ciertamente así». Pero mi punto de partida es el siguiente: si entre A y B existe una relación X, esta misma relación X puede no existir entre A y B. Puede darse lo contrario. Este límite de las posibilidades de las matemáticas es también un límite a las posibilidades de extrapolación, es necesaria una política incluso en un mercado que funciona en unas condiciones óptimas. Tomemos el ejemplo de la ropa de mujer: las mujeres no tienen solamente una talla treinta y ocho, cuarenta, cuarenta y dos o cuarenta y cuatro; cada una de ellas tiene voluntad propia, y es éste el punto donde cometería el error quien hubiese contado con la extrapolación. No se habrían producido muchas de las grandes sorpresas comerciales o productivas si el método de la extrapolación fuese un método seguro y no peligrosísimo como es en realidad.

—¿Permite, profesor, que volváramos a la minifalda? La previsión de que este año las mujeres debían abandonar la minifalda no depende solamente de un cálculo estadístico, sino también de un cálculo de intereses. ¿Acaso los sastres y los fabricantes no jugaban un importante papel en este cambio de moda?

LUKACS.—Esto no quita que, interese o no, en las manipulaciones del mercado el cálculo sea hoy día uno de los elementos más importantes. Pero no solamente en el mercado. Haga usted una comparación entre las guerras griegas de la antigüedad y la moderna del Vietnam y verá que el elemento matemático es mucho más importante en la guerra del Vietnam de lo que era en la batalla del Maratón. Y no tanto porque los ejércitos modernos sean mucho más numerosos que los de antaño. Los ejércitos de Napoleón, por ejemplo, eran tan grandes como el ejército americano en Vietnam. Pero los planes bélicos de Napoleón estaban basados fundamentalmente en la cualidad, mientras que la guerra del Vietnam se puede decir que es una guerra puramente cibernética.

—Cibernética por parte ameri-

NETICA Y REALIDAD



Lukacs (autor de «El asalto a la razón», «Historia y conciencia de clase», «Estética...») afirma: «La Historia no es susceptible de ser interpretada con las matemáticas... Nunca se podrán poner todos los datos en un computador».

Lo que importa es la realidad

—Volvamos a la guerra del Vietnam. ¿No es posible que se trate no solamente de una diferencia entre guerra cibernética y una guerra de cualidad, sino de dos épocas diferentes de la humanidad?

LUKACS.—¿Y quién tiene derecho para decir una cosa así? Dado que los Estados Unidos se ven obligados a combatir en esta guerra, cómo se puede decir que los dos adversarios pertenecen a épocas diferentes? Efectivamente, pueden existir grandes diferencias sociales entre Estados, ejércitos, etcétera. Tomemos el ejemplo de Napoleón: ciertamente él tenía una táctica y una estrategia diferentes de las que tenían los Estados absolutistas del Este de Europa. Pero, precisamente, la táctica y la estrategia de Napoleón eran, en líneas generales, superiores a las tácticas de Austria, de Alemania, etcétera, porque eran de una manera más evidente la estrategia de aquello que realmente existía. Le pongo el siguiente ejemplo: en los Estados Unidos se piensa: «Podemos derrotar con los mismos medios a todos los que se nos oponen, se trate de «beatniks» o de guerrilleros vietcong». En cambio, aparecen momentos cualitativos que cambian de tal manera las cosas que ningún cálculo, ni siquiera el mejor, puede preverlo. Quisiera poner otro ejemplo más. Hemos hablado de la superioridad de la estrategia napoleónica sobre la de los otros países europeos. Lo cual es perfectamente cierto: no obstante, Napoleón perdió la batalla de Waterloo. Tenía frente a él a un ejército alemán y a un ejército inglés acampados en Bélgica. Napoleón siguió su táctica normal: puso en fuga primeramente a los alemanes para después enfrentarse a los ingleses... Napoleón sabía, después de veinticinco años de guerras en Europa, que si un general prusiano era derrotado se replegaría a sus bases naturales. Convencido de aquello y convencido de que los prusianos tomarían el camino de Prusia, se dirigió contra los ingleses. Pero en ese momento sucedió algo no computable: el comandante del ejército prusiano se comportó de manera napoleónica. Napoleón fue derrotado porque un general prusiano no actuó como un prusiano, sino como un discípulo de Napoleón. Existe, por tanto, un límite para la extrapolación. Lo que cuenta es la realidad y no la expresión que la realidad recibe en las fórmulas matemáticas. ■

(Copyright Efe-L'Express.)

cana. Pero por parte vietnamita se puede decir que una guerra de cualidad.

LUKACS.—Es evidente que la cualidad es más fuerte que la cibernética. La matematización es algo técnicamente inevitable; ciertamente no se pueden construir máquinas sin ayuda de las matemáticas y de la geometría. Pero el que una máquina sea mejor que otra es un hecho que supera el momento cibernético y matemático: aquí el momento humano es de nuevo importante. Tomemos el ejemplo de los americanos que han mandado algunos hombres a la Luna, los han hecho bajar y trabajar en el suelo. Desde el punto de vista técnico, es superior al de los rusos, quienes han hecho todo esto sin necesidad de hombres. No obstante, en la práctica, yo creo que los rusos han tenido razón. Sin contar con que la solución matemática es más completa por parte de uno de los contendientes. No nos olvidemos de aquello que en alemán se llama «die Quantung», una diferencia de cantidad: la cantidad de una cosa es abstracta. La «Quantung» es una cualidad que pertenece a las cosas y se puede actuar sobre la «Quantung» incluso sin contarla. Pongamos el ejemplo de una mujer que tenga cinco hijos: si es una mujer inteligente tratará a los hijos de acuerdo con un análisis cuantitativo y les dará una buena educación. Pero si lo que le importa a la mujer es el número cinco, entonces podremos asegurar que no existe tal familia.

La Capilla siXtina

NO HAY GUERRA EN LAOS

La hija menor del vicepresidente Agnew llegó de la escuela con una sorprendente noticia: —Hemos invadido Laos.

Spiro Agnew, durante unos segundos, retuvo la afirmación en las fronteras de su cerebro y las palabras penetraron hasta completar el significado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La maestra.

—Muy lista tu maestra. Ya puedes decirle esta tarde que mucho cuidado con difundir noticias provocadoras.

La señora Agnew volvió cinco minutos después del supermercado y comentó, sin apenas variación de voz:

—Hemos invadido Laos.

—¿Tú también? ¿Te lo ha dicho la maestra de tu hija?

—No. Me he enterado en el supermercado.

—¡Estamos rodeados de quintacolumnistas! ¡Voy a ajustarle las cuentas a tu informante del supermercado!

—También lo he oído en la lampistería de la esquina.

Spiro jadeaba por el esfuerzo de contener su galope exterminador hacia la lampistería de la esquina. De una zancada se plantó ante el teléfono y llamó a la Casa Blanca.

—¿Richard? Señorita, quiero hablar con el Presidente. Soy el vicepresidente Spiro Agnew. No. No pienso reñirle por nada. Es una consulta. Gracias. ¿Richard? Todo el mundo está diciendo que hemos invadido Laos. ¡Claro! Ya decía yo que era imposible.

Todavía con el teléfono en la mano, Agnew se vuelve triunfal hacia su familia.

—No hemos invadido Laos. Richard me lo ha confirmado...

—¿Y cómo lo sabe él?

Agnew vaciló entre la indignación y el carraspeo, pero volvió a calzarse el aparato.

—Richard, y tú, ¿cómo te has enterado?... Claro... ¡Clarísimo! Nuevamente un Agnew triunfante desafiaba a su familia.

—Richard dice que es impo-

sible porque la «tele» no ha dicho nada de la invasión de Laos. La «tele» está transmitiendo a todas horas la hazaña espacial y no ha dicho nada de la conquista de Laos. La «tele» está todo el rato dando noticias de la invasión espacial y no ha dicho nada de la expedición científica a Laos. La «tele» habla de las operaciones de castigo a la Luna y no ha dicho nada del alunizaje en la ruta Ho Chi Min. Falso, pues.

En este punto entra en la casa el hijo mayor de Agnew.

—Papá. Hemos invadido Laos.

—¡Falso! ¡Falso! El Presidente acaba de desmentirlo por teléfono. Aquí lo tienes, puedes hablar con él... Richard, Richard... Mi propio hijo ha creído el rumor. Buen chico, sí, Richard. Nada sospechoso. No, hombre, no seas suspicaz. Pero ha oído el rumor...

—Yo no he oído ningún rumor.

—Tú te callas. Sí, Richard, ha oído el rumor, y ya sabes... Los jóvenes nunca oponen los pros a los contras, creen precipitadamente en lo primero que oyen. Y... zas. Adiós. Adiós.

Un Agnew agigantado, iracundo, gesticulaba, sin que la voz se alzase sobre su disminuida familia.

—¡Me habéis puesto en ridículo! ¡Ni siquiera al Presidente habían legado tan absurdos rumores!...

Cruza la estancia la asistente Ceisa Ferreiro, que fuma un cigarrillo semideshecho.

—Señorito, seguro que hay guerra en Asia. A ver qué país hemos invadido.

—¿Qué dice usted! —vociferó Agnew— ¿De dónde saca ese desquiciado rumor?

—No hace falta haber estudiado en Harvard, señorito Agnew. La «tele» no para de transmitir la broma esa del espacio. Seguro que algo está pasando en Asia y no quieren que nos enteremos.

SIXTO CAMARA